

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CAPITAL... 1 pta.
MOS... 10
AÑO... 100
PROVINCIA... 4 pr.
TRIMESTRE... 7 50
SEMANA... 14
EXTRANJERO... 14 pta
SEMESTRE... 28

EL DIA DE PALENCIA

Punto de suscripción...
Dirección, Redacción y Administración...
MAXOR PRAL. 70
Teléfono núm 8

Diario independiente de gran información de Castilla - Defensor de los intereses morales y materiales de esta provincia

ORGANO OFICIAL DE LA CÁMARA AGRÍCOLA DE CARRIÓN DE LOS CONDES

Notas históricas

LA SEMANA SANTA

Esta semana era muy venerada ya en el siglo III, según el testimonio de San Dionisio, obispo de Alejandría. Desde el siglo siguiente encontramos que se llama la «Gran Semana» en una homilía de San Juan Crisóstomo. «No dice el Santo doctor—por que tenga más días que las otras, sino a causa de la grandeza de los misterios que se celebran en ella.» También se le apellidaba entonces «Semana de sufrimientos», en memoria de lo que padeció el Salvador; «Semana de indulgencias» porque se recibían los pecados en penitencia, y, en fin, «Semana Santa», por la santidad de los misterios que se conmemoraban. Esta última denominación es la más usada entre nosotros, y ha llegado a ser tan propia, que se extiende aun a los días que la componen, llamándose Lunes Santo, Martes Santo, etc. El rigor del ayuno de la Cuaresma se aumentó en estos últimos días, que son como el esfuerzo supremo de la penitencia cristiana. «X rophi-gia», es decir, tiempo en que no es permitido comer más que cosas secas. Los alimentos se reducen a pan, agua y sal, a los cuales pueden añadirse frutas y legumbres crudas. En cuanto al ayuno, al principio se extendió tanto como podían permitirlo las fuerzas humanas. Sabemos por San Epifanio que algunos cristianos lo prolongaban desde el lunes por la mañana hasta que cantaba el gallo el día de Pascua. Sin duda que muy pocos fieles podrían hacer tal esfuerzo, y los más se contentaban con no tomar alimentos dos, tres o cuatro días consecutivos; pero el uso común era no comer desde el jueves por la tarde hasta el día de Pascua por la mañana. Permanecer en vela y orar durante la noche en las iglesias, ha sido otro de los caracteres de la Semana Santa en la antigüedad. El Jueves Santo, después de haber celebrado los divinos misterios en conmemoración de la Cruz, el pueblo oraba por largo tiempo. La noche del Viernes al Sábado se pasaba casi toda la noche sin dormir, adorando al sepulcro de Cristo; pero la más larga de todas las vigilia era la del Sábado, que duraba hasta la mañana del día de Pascua. El pueblo entero tomaba parte en ella y asistía a la preparación de los catecúmenos, presenciando en seguida la ceremonia del bautismo, disolviéndose la reunión hasta que se celebraba el Santo Sacrificio, que no terminaba hasta el amanecer. La suspensión del trabajo fué exigida a los fieles durante la Semana Santa, y la ley civil se unía a la eclesiástica para lograr esto, que expresaba en cierto modo el duelo de la cristianidad. Bien se alcanza el gran efecto que tenía que producir esta solemne interrupción de todo lo material que preocupaba a los hombres, y con qué gusto se esperaba este tiempo, que llevaba consigo, no sólo la regeneración del alma, sino la del cuerpo. El emperador Graciano había dispuesto en 380 que se tratase en estos días con indulgencia a los criminales; y Teodosio, en 389, adicionó este mandato por un nuevo decreto que prohibía las actuaciones en los siete días que precediesen a la Pascua y los siete siguientes. Se encuentran en las Homilías de San Juan Crisóstomo y en los sermones de San Agustín muchas alusiones a esta ley aún reciente. Los príncipes cristianos no se limitaban a detener la acción de la justicia humana en estos días de misericordia; además, querían prestar un homenaje sensible a la bondad paternal de Dios, que se ha dignado perdonar al mundo culpable, por los méritos de su Hijo crucificado. Con este fin, rompían las cadenas de los presos, abriendo los calabozos y concediendo la libertad a los desventurados que gemían bajo el peso de alguna sentencia dictada por los Tribunales de la tierra. Se exceptuaba de este favor a los criminales por delitos graves contra la familia o la sociedad.

no debió pasar a la Historia sino con el título del siglo del Deicidio, si los siglos estuvieran convenientemente rotulados por sus crímenes o por virtudes, por sus inventos o por sus torpezas. El misero hombre, esa vil figura que se cubre de harapos forjándose la ilusión de ir vestida de púrpura y armiño, y en la que, si bien se mira, no brilla más pedería que la de sus alifarés, es el autor convicto y confeso del Deicidio. ¡Hed aquí lo que es el hombre! Y no busques otra cosa en su naturaleza. ¡Qué hubiera sido de él de no haberle redimido! Los grandes satíricos antiguos y modernos han retratado al hombre de cuerpo entero dando aquellas acertadísimas pinceladas que hacían perfectamente visibles sus músculos y rugas. En las caricaturas satíricas y górgolas del templo se exhiben, en permanente exposición las miserias humanas sobre las que descargaron sin compasión sendos palmetazos los genios de todas las artes que se preguntaban qué es por su esencia el hombre? ¡Y todavía no han sabido definirlo ni de retratarlo! ¡Tan insostenible es el corazón humano en sus podredumbres! Las civilizaciones pesan su soberbio, han pasado sobre el hombre cubriéndole misericordiosamente con el cendal de sus progresos, al mismo tiempo que depositaban sobre él el ceno de sus concupiscencias. El cristianismo encontró tan lastimosamente formado al hombre, que la divina Religión, que por obra y gracia de Dios comenzó por un idilio en el portal de Belén, vio por virtud del hombre morir trágicamente a su soberano fundador en la cima de una montaña. ¡Así para que mejor se viese y apreciase en toda su enorme magnitud, el crimen cometido! ¡Qué el ridículo hombre cuando no puede alardear de otra cosa, ha de alardear de su infamia! ¡Tan vano es! Nadie como el moralista católico conoce todas las enrucijadas de ese laberinto formado de odios y amores in-

crustado en el pecho al abrigo de las costillas y que en sus rítmicos latidos lo mismo lleva la vida que la muerte, pero nadie como ese médico derrama sobre sus heridas bálsamo que las cicatriza. Con la receta que Salomón escribió hace muchos siglos, y que se compendia en las brevísimas palabras: «Vanitas vanitatum et omnia vanitas». Vanidad de vanidades y todo vanidad, calmó las ansias infinitas de felicidad a que muchos Tántalos se veían condenados por males de sus pecados. Con la sangre de Dios que el hombre derramó por pura fiereza, trocó sus fieros instintos en hábitos de mansedumbre y caridad, y los que hicieron su aparición como taludes septentrionales, llevando por doquier sangre y exterminio, pusieron los primeros jalones de sociedades cultas. Si esto no es asombroso, no sé cual puede serlo. Si esto no suspende y maravilla serremos los sentidos y privaremos de toda comunicación con el mundo exterior. Sólo el que carece de intelectualidad no disfruta de los gozos más puros que son los de la verdad, bondad y belleza. Ha dicho el elocuente tribuno Donoso Cortés, que la sociedad que vuelve la espalda a Dios, ve ennegrecerse de subito, con aterradora obscuridad, todos sus horizontes; y estas palabras del gran orador, secadas de las leyes de la Filofofa de la Historia, reciben confirmación plena en los tristes acontecimientos religiosos del presente aniversario, siendo el pueblo hebreo el más comprendido en la mencionada verdad, desde que los estridentes golpes del martillo clavando en la cruz al por muchos siglos esperado Mesías consumaron la inicua persecución de Jesucristo, nuestro Redentor. Una vez más hemos de suplicar con el Salvador agonizante, mirando a los individuos y a las naciones: «Perdonales, Señor, porque no saben lo que hacen».

ECCE HOMO

Herido, acerdenalado ante un populacho fiero, Jesús, divino Cordero Sol de eclipsada beldad. Es expuesto por Pilato que aplacar quiere la saña de la plebe, que se enaña de Cristo en la Humanidad. Destrozado está su cuerpo, taladrada su cabeza, con insólita fiereza que el mismo infierno inspiró. Sangre brota de su frente, sangre de su espalda herida, sangre, que por darnos vida, toda al fin, la derramó; Por cetro ostenta una corona el que es señor de la Gloria, y una púrpura irrisoria el que es Rey de la Creación. Y entre afrontas y desprecios gritos, mofas y desvíos, insensatos los judíos, piden su crucifixión. ¡Crucifígel! —el pueblo grita, alentado en sus deseos por astutos fariseos que odian al que es Vida y Luz. ¡Crucifígel! —repetía aquella turba inconsciente que morir, al inocente, anhela ver, en la Cruz. ¡Ay Jesús, Rey sempiterno, que ¡Crucifígel! gritando sigue el mundo y anhelando tu reinado ver morir! Tu dulce amor de las almas, con mil locos devaneos colapados fariseos quieren, con odio, extinguir. ¡Mas no, Jesús de mi vida...! morir tu amor en mi pecho...? ¡Antes te vea deshecho por la flecha del dolor! ¡Antes morir que olvidarte! fiel a Ti, mi pobre vida quiero dar, toda extinguida con la llama de tu amor. FRANCÓ-MAN J. VIERA

La desgracia ajena sirve de placer en algunas ocasiones. En la vida social, en las familias y en los individuos, vá injertándose, por decirlo así, la pasión del odio y amortiguándose el sentimiento del amor, como si éste fuera incompatible con los tiempos modernos. Es verdad que la esclavitud de otras épocas se ha abolido, debiéndose ese triunfo a la Iglesia católica, pero no es menos cierto que si no existe esa esclavitud material, existe la moral con todas sus terribles consecuencias, a pesar de los trabajos de la sacrosanta Religión, para desterrarla. La lucha de clases, preocupación acostumbrada de los Gobiernos de todos los países, es la consecuencia lógica de la falta de amor. Jesucristo tiene resuelto ese pavoroso problema y la sociedad lejos de aceptar esa resolución, marcha por el despeñadero del odio sembrando de víctimas al mundo entero. Si somos católicos de convicción, si en nuestra alma vive el espíritu cristiano váiemos de proceder. Jesús murió por salvar al hombre. El Redentor del mundo nos ha dado y nos está dando pruebas elocuentísimas de su infinito amor. Correspondamos a nosotros en la medida de nuestras fuerzas, porque la ingratitude y el desagradecimiento, es una degradación para el hombre. ALONSO CUBILLO

¡Oh! la opinión pública!

Hosanna Filio David, Math. XXI. 9.° Tolle, tolle, crucifige eum, Joan. XIX. 15.° La inconstancia es la nota característica del corazón humano. Nunca serán permanentes y estables sus sentimientos y afectos. Si le agita la envidia se hace rufo y cobarde, y como tal se manifiesta virulento en una inagotable serie de reprochables y reprobados sentimientos, más o menos descarado, más o menos artero según la intelectualidad que le sirve de freno en sus constantes desmanes y atropellos. Si le conmueve el amor se trueca en abnegado y sufrido; empujado por el entusiasmo llega intrépido y temerario a los confines de la sublimidad y del heroísmo; y en alas de la caridad, gime y llora, se afana y sacrifica por el bienestar ajeno, y hasta sabe dar fin y acabamiento, poseído del fuego que le inflama, a sobrehumanas empresas que la humana inteligencia no supo concebir ni, por ende, ejecutar. Los grandes pensamientos, dijo un sabio, salen del corazón; y del interior del corazón salen también, dice la Sagrada Escritura, las malas inclinaciones. Por eso hoy quiere, mañana aborrece; hoy vitupera, mañana alaba; hoy enalza, mañana denigra; eleva a las más elevadas regiones con los arrullos del amor, y, al propio tiempo, deja caer con estrépito, con las violencias del odio. Es el constante tejer y destejer, cual tela de Penélope. Es como arcaduz de noria que desciende y sube en incesante volteo, dentro siempre del círculo de sus aspiraciones y de sus afectos. Todo en él es volubilidad, inconstancia, versatilidad, trueque de afectos, cambio de opiniones.

EL AMOR DE JESUCRISTO

Hoy que el egoísmo constituye uno de los rasgos característicos de nuestra sociedad, contemplemos a Jesús crucificado. El mundo no conoce el amor o no quiere conocerlo. Es este un sentimiento que está muy por encima del egoísmo humano. La sociedad no ha podido hasta la fecha resolver las cuestiones de orden social, porque desgraciadamente el amor no forma parte integrante de nuestro corazón, debido a que las ambiciones han ido poco a poco amortiguando ese sentimiento purísimo, poderoso ímán que atraía las almas y las unía con el lazo de la fraternidad. Pocos son los casos de amor heroico que se realizan en esta época en que la filantropía ha venido a amortiguar el espíritu sublime de la caridad cristiana. En cambio, muchos son los casos en los que el odio aparece triunfante. La enemistad es compañera inseparable del género humano. Los amigos no merecen tal nombre. La guerra entre unos y otros, la pasión del odio, el deseo de mortificar al prójimo, es algo que no se separa de la sociedad. Jesucristo clavado de pies y manos en la Cruz nos ofrece un amor infinito, incomparable. Ese el Rey de la creación, es Dios y sin embargo perdona a sus mayores enemigos y les perdona con la mirada dulce, con el alma anegada en un sentimiento noble y elevado que no es posible preciar su valor. Ese amor del Redentor del linaje humano debiera repercutir en los corazones de nosotros. Ese incomparable amor tan sublime tan edificante, tan puro y tan ideal, enseña a la humanidad lecciones hermosas que para desgracia nuestra olvidamos casi siempre. Si la imagen de Jesucristo crucificado estuviera permanentemente en nuestra memoria ¡entonces! el mundo dejaría de ser perverso. Pero no; no contemplamos a Jesucristo pendiente del madero santo, no aprendemos a perdonar como perdonó el Hijo de Dios, no somos cristianos verdaderos. En muchas ocasiones, nuestra conducta es completamente opuesta al espíritu del cristianismo. Parece como si la aversidad del prójimo fuera motivo de júbilo.



ECCE HOMO (Óbete cuadro de Guido Reni)

EL LAVATORIO

Llega el día solemne de la Pascua; y sabiendo Jesús que era su hora... y de el mundo dejar, e ir al Padre, dió a los suyos grandiosa prueba de amor. Concluida que fué la legal Cena, del manto y veste externa se despoja, se ciñe un lienzo y lava de rodillas las plantas polvorosas aún del traidor. ¡Quién dijera que amor tan inflamado, a Judas, ni convierte ni abochorna? ¡Oh dureza, sin par del avariento, que corazón embota, mente y razón!

¡Cuál otro Simón, Pedro, que asombrado, con prodigio que a cielo y tierra asombra, Señor... —le dice— ¿tu nos lavarás? ¿Tus manos en mí enlodas? ¿Qué humillación!... Jamás consentiré tal desconcierto. Y Jesús le replica: ¡Dejal... ahora no lo entiendes: veráslo en adelante... —¡Lávanos Tú? Perdona... ¡Jamás, Señor! Sin lavarte, no habrás conmigo parte. —¡Ah! lo entiendo... Pues lava y acrisola pies, manos y cabeza. —¡Feliz Pedro! mi alma para sí implora tan gran favor. ESPERANZA

EL DEICIDIO

Por honor de la humanidad, esta palabra no debiera existir en ningún léxico, como reveladora del crimen más atroz que puedan registrar los anales del mundo. Pone espanto en el corazón más esforzado, y es el baldón más ignominioso que ha podido caer sobre su siglo, que





